



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II AL FINAL DE UN CONCIERTO ORGANIZADO POR LA EMBAJADA DE RUMANÍA

Domingo 22 de agosto de 1999

*Gentiles señoras e ilustres señores;
amadísimos hermanos y hermanas:*

1. Al término de este concierto, deseo dar las gracias cordialmente a los artistas del cuarteto «Contempo», que con sensibilidad y pericia nos han brindado un momento de intensa contemplación estética. Mi agradecimiento se extiende también a la embajada de Rumanía ante la Santa Sede, que ha proyectado y organizado esta velada musical.

Las piezas, alternando fases serenas y movidas, dramáticas y emotivas, han sido para todos nosotros una ocasión de participación y reflexión. En efecto, el arte sería una ejercitación estética vacía si no abriera a la intuición del aspecto más profundo de la realidad, traduciéndose en invitación al compromiso, para que cuanto se ha percibido no sea abstracción vana, sino que se concrete en la vida diaria, iluminándola con su luz de belleza y de verdad. El arte, escribí en la *Carta a los artistas*, es una «llamada al Misterio» (n. 10).

Dos indicaciones pedagógicas, de modo particular, nos ofrece la experiencia artística: indicaciones que, a su vez, se transforman en inspiración para la vida. La primera deriva de la constatación de la armonía que nace de la diversidad: la belleza surge de varios componentes, que no se anulan recíprocamente, sino que se funden en un único designio. La segunda se refiere a la nobleza de los sentimientos: la belleza jamás es fruto de trivialidad y mediocridad, sino de tensión hacia lo más elevado y perfecto. Las personas y las sociedades crecen y maduran en la medida en que encarnan estos valores en la existencia diaria.

2. Un ulterior motivo hace que esta velada sea particularmente feliz y evocadora: hace pocos meses tuve la alegría de visitar Rumanía, encontrándome con las autoridades y los ciudadanos

de esa amada nación, y acogiendo en mi corazón los propósitos y esperanzas de las mujeres y los hombres de esa ilustre tierra. La música de esta noche, como un eco fiel de las riquezas culturales del pueblo rumano, me trae a la memoria aquel encuentro extraordinario, rico en cordialidad y comunión, y renueva en mí la admiración sincera por la historia, la civilización y las realizaciones de ese gran pueblo.

A usted, señor embajador, le pido que se haga intérprete ante las autoridades de su país de mis sentimientos de estima sincera y cordial cercanía. A los hábiles artistas les deseo una brillante carrera profesional y una realización humana más satisfactoria aún.

Que el Señor, Dios de la belleza y la armonía, llene de alegría vuestra vida, colmando a cada uno de sus bendiciones.

* * *

(Evocando su reciente viaje a Rumanía del 7 al 9 de mayo, el Santo Padre añadió)

Recuerdo que al final de una inolvidable jornada en Rumanía, el segundo domingo de mayo, todos los participantes en la misa gritaban: «¡Unitate! Unitate!». Esta palabra sigue siendo emblemática.

Pienso que nuestro encuentro de hoy, este concierto magnífico, se halla también en esta línea. ¡Gracias a todos y enhorabuena!